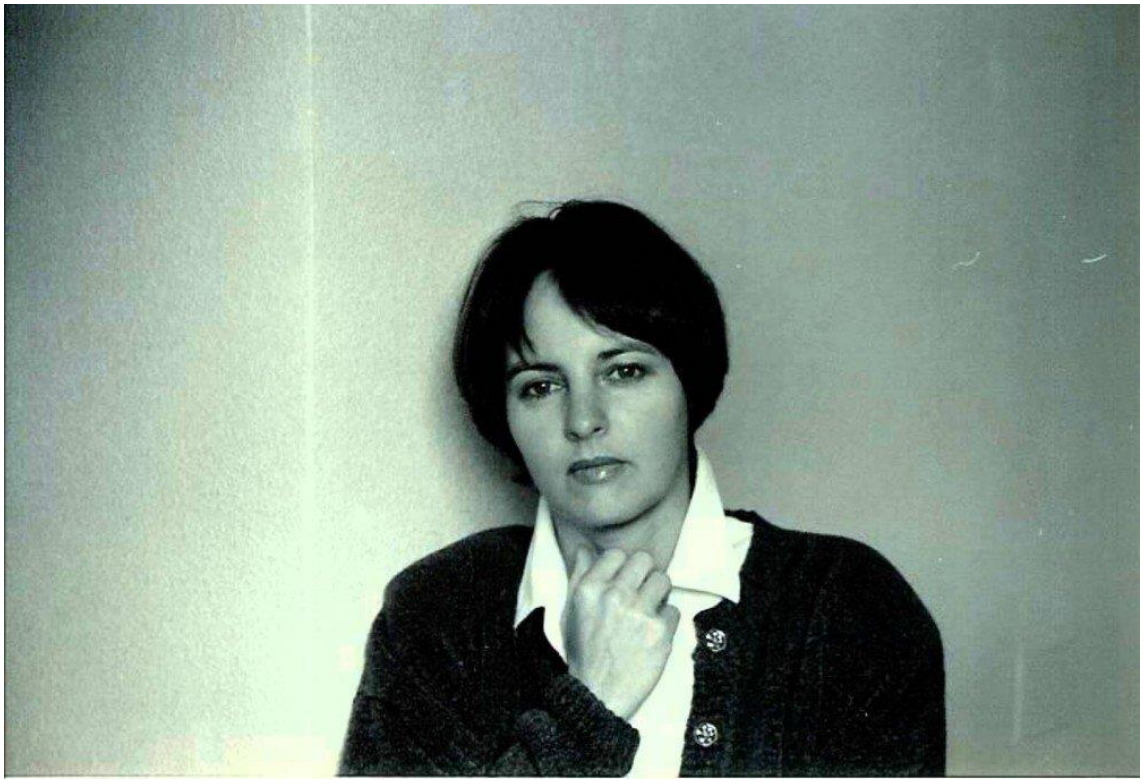
# Chantal Maillard



# Poemas

A D H E R E N C I A S

Bajar / al

cuerpo

cuando / cada vez

hallar

la máquina

oírla

es / el espanto.

Dormir

como

hacia el origen

antes de la escritura

antes de la palabra

cuerpo

dichoso si tan sólo

posible fuese nunca

despertar

El mí

no se atrapa con ningún otro mí.

La conciencia es un mí encubierto.

Lenguaje: lujosa encuadernación
de la ignorancia.

Eran una
sola resonancia
de infinitas voces
retumbando en el caos.
Labios vendados / almas
vendadas
y en la boca-túnel
la herida.

NO PONDRÁS NOMBRE AL FUEGO

No medirás la llama
con palabras dictadas por la tribu,
no pondrás nombre al fuego,
no medirás su alcance.
Todas las llamas son el mismo fuego.
Mi cuerpo es una antorcha que alumbra los espantos
que la razón construye en sus tinieblas.
Hay que bajar al cuerpo, muy adentro,
tocar el centro ardiente, abrirlo y propagar
el gozo de la lava.
No importa en qué caderas,
en qué pecho resbale,
no importa la estatura, el sexo o la materia
pues todos caminamos sobre la misma pira.
No medirás la llama con palabras que encubren
los viejos sentimientos de los hombres.

HILOS

Permanece —¿permanecer?— la carne
herida. Hay cicatriz.
Y la mente —¿la mente?— herida.
¿Herida? No, no hay herida. Si
la hubiese habría sangre. Hay
cicatriz. Tampoco.
Si hubiese cicatriz, sería
evidente. No siempre se ven, dicen.
Ciertas palabras se utilizan
en vez de otras, dicen. Cuando
no hay palabras suficientes.
Mejor cuando no hay
cosa.
La mente acusa sentimientos:
segrega. Hila. La mente, no. No hay.
Sólo hay hilo. Saliva.
La boca seca. No hay saliva. ¿No
la hay? Un hilo forma imagen. La
imagen de un cuerpo. Blanco. Como
todos los que han muerto. No lo he
visto. He visto otros. A ése, no. Pero
forma imagen. El hilo. Algo segrega.
Hambre. Algo dice

hambre. La sacia. ¿Frío?
Algo recuerda la palabra
frío. No la siente. La obvia.
Habrá que levantarse. Aunque sin
saber para qué. Sin saber
tampoco para qué el para qué.
Levantarse y dar vueltas en esta
habitación. O también, cambiar de ha-
bitación. Pero no. Más seguro es
quedarse aquí, tecleando. Un teclado
es algo conocido. Tienen un
sonido peculiar, las teclas,
cuando se las pulsa.
Quedar en lo reconocible.
—¿Quedar?— Permanecer. Ya dije
permanecer. Ya pregunté.
Quedar es permanecer
por menos tiempo.
Siempre se puede partir.
Partir es dar pasos fuera.
Fuera de la habitación.
De la mente, no. —¿Mente?—
Ya pregunté. Y no hay. Hay hilo.
Partir es dar pasos

fuera de la habitación

con el hilo. El mismo hilo.

La palabra silencio dentro.

Dentro de uno —¿uno?

EL CÍRCULO

Trazar un cero en la nada.
Indefinidamente.
Trazar la nada en un círculo.
Apresada en el círculo trazando
nada. Ocuparse en el
círculo. Ocuparse.
En nada. En la nada
—¿la nada?— una oquedad.
Ocupar una oquedad.
Una oquedad de sueño, la vigilia.
Entre sueño y sueño. Una oquedad
ocupada, ocupándose
en nada.
La angustia es esa nada
que de pronto florece
en la oquedad.

EL TEMA III

Disolver, alguien dice. Disolver
el mí. —¿Quién disuelve?
Un disolver, tal vez. ¿En el decir?
El decir es el método.
Unifica.
En un punto.—
Yo soy
mis imágenes.
Tan sólida que apenas me sostengo
en el umbral mientras escribo.
Así pues,
volver al tema. El tema embebe
al mí que se despliega imaginando
y no acierta a decir. O no
acierta el decir diciéndose al
margen del mí. Al margen
de mí, balbuceo.
Por lo que vuelvo al telar y
sigo confeccionando el tejido
que me dice y me asegura que ayer
y hoy se continúan
en el rojo perfidia y un báltico
que nunca recorrí

y me encuentro creyendo en la alerta
que me guía, una y otra vez, hacia el
umbral. Y que se sirve de mí para
desaprenderme.

EL PEZ

Volver a las palabras.
Creer en ellas. Poco. Sólo
un poco. Lo bastante
como para salir a flote y coger aire
y así poder aguantar, luego,
en el fondo.
Volver a las palabras. Con
voluntad de sentido.
Boqueando. Pez en la orilla
común de los creyentes.
Volver. Decir superficie. Escribirla.
No, lector, no deslices
tan rápido tus ojos por la página,
nada te obliga a terminar
de leer este texto. Puedes
dejarlo. Muchos lo habrán hecho
antes de haber llegado a estas líneas.
He dicho superficie. Vuelve atrás.
Detente. Piénsalo. Piénsatelo. He
escrito la palabra palabra y
estoy tratando de decirte algo
que no acierta a decirse. Entonces
digo impotencia. Tú sabes lo que es

la impotencia, a buen seguro
alguna vez la habrás sentido. Ahora
te pido que despojes la impotencia
de la palabra que la nombra
y te quedes sintiéndola tan sólo.
¿Lo consigues?
Tal vez no sea para ti,
ahora, tiempo de impotencia.
Se deslizan tus ojos por
los caracteres impresos y sientes
cierto placer en esta redundancia
de lo escrito. Los óvalos te tientan.
Aproxímate, lector, mira por
ese pequeño orificio. Adéntrate.
Hay abismo —¿abismo?— hay vértigo.
Repite, entonces, conmigo Infinito.
Di Infinito. Repítelo. No dejes
de decirlo, hasta que pierda
sentido la palabra infinito y
te encuentres en el vértigo,
desprovisto de pértiga.
Entonces di Infinito. Pronúncialo.
Pronúncialo de nuevo,
despacio, con voluntad de sentido.

Como al principio del mundo o
del poema.
Para volver. En superficie
por un tiempo.
Para hacer el tiempo
brevemente.

Ya somos refractarios a las
palabras fáciles,
a la prosa intuitiva (no sé lo que desvela), a
las figuras retóricas
que enfatizan aquello que debiera
darse o devolverse
en su más leve luz, la más escueta.
¿Qué haremos del poema sin metáfora,
del verso despojado de su naturaleza,
de su afición al desvarío y su grandilocuencia?
Hilemos, señores,
es tiempo de relevar
a las Parcas.

Chantal Maillard (Bruselas, 1951) reside en Málaga desde 1963 y, actualmente, también pasa largas temporadas en Barcelona. Doctora en filosofía y profesora titular de estética y teoría de las artes, hasta el año 2001 impartió docencia en la Universidad de Málaga. Ha vivido en Benarés, donde se especializó en filosofía y religiones indias. Es autora de Diarios indios y Husos, así como de numerosos ensayos, entre ellos Contra el arte, el más reciente. Considerada «una de las voces poéticas más intensas, honestas y radicales del panorama actual» (M.L. Blanco, El País), como poeta ha publicado, entre otros, los volúmenes Poemas a mi muerte (1993, Premio Santa Cruz de La Palma), Conjuros(2001), Lógica borrosa (2002) y, en esta misma colección, Matar a Platón (Marginales 218), que obtuvo el Premio Nacional de Poesía 2004, e Hilos seguido de Cual (Marginales 243), que mereció el Premio de la Crítica de Andalucía y el Premio Nacional de la Crítica en 2007.

libros
amateur
issuu.com/librosamateur